

Principios para un abordaje cristiano de la pandemia

Ramón Obdulio Lara Palma¹

Resumen

Afrontar cristianamente la realidad crítica que impone el fenómeno de la pandemia de la Covid, exige encontrar las claves de interpretación para intervenir en esa realidad de manera eficaz. La pandemia, como toda crisis, puede ser una gran oportunidad. El autor propone cuatro principios que sirven como claves de lectura y ejes de acción para que esta crisis, como cualquier otra situación crítica, sea aprovechada para avanzar hacia un futuro nuevo y mejor. La encarnación, la responsabilidad, la esperanza y la profecía, elevados a la categoría de principios, ofrecen la posibilidad de abordar cristianamente la crisis generada por la pandemia con la finalidad de rediseñar el mundo post-Covid de modo más digno y humano.

Palabras clave: pandemia, Covid-19, encarnación, realidad cósmica, principio responsabilidad.

Abstract

To face the critical reality imposed by the phenomenon of the Covid pandemic in a Christian way, requires finding the interpreting keys to intervene in that reality effectively. The pandemic, like any crisis, can be a great opportunity. The author proposes four principles that serve as reading keys and lines of action so this crisis, like any other critical situation, is taken as an advantage to move towards a new and better future. Incarnation, responsibility, hope and prophecy, elevated to the category of principles, offer the possibility of a Christian approach to the crisis generated by the pandemic to purposely redesign the post-Covid world in a more dignified and humane mode.

Key words: pandemic, Covid-19, incarnation, cosmic reality, responsibility principle

¹ Licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma

Introducción

La pandemia de la Covid-19 que la humanidad ha enfrentado desde el inicio del 2020 exige un indispensable abordaje desde la óptica cristiana. En los siguientes párrafos propongo abordarla a la luz de cuatro conceptos que han sido elevados a la calidad de principios. Aquí entendemos el término principio como “lo que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso”². En ese sentido es que hablaremos del *principio-encarnación*, *principio-responsabilidad*, *principio-esperanza* y *principio-profético*.

En la exposición de los tres primeros principios se hablará sólo de realidad a secas, pero obviamente la realidad palpitante que calladamente subyace es la pandemia. Bajo la lógica de la encarnación, camino redentor diseñado por Dios, es que nosotros debemos adentrarnos a la realidad de la pandemia. Con actitud responsable, debemos verla, enjuiciarla y afrontarla. Y con la fuerza de la esperanza estamos llamados a interpretarla y trascenderla para elevar la mirada hacia un futuro que es una promesa de plenitud, que nos atrae y compromete a trabajar con ahínco y confianza.

Pero no basta con ser responsables con la realidad que se ha asumido como propia (encarnada), ni con empujar hacia adelante mirando el futuro con esperanza. La realidad de la pandemia, como una realidad que nos coloca en medio de una crisis, tiene que ser abordada proféticamente. Ayudados por la potente figura de Mons. Romero, quien en su momento se enfrentó con una realidad sumamente crítica, podremos desvelar la existencia del necesario “principio-profético” como un instrumento indispensable para abordar toda situación de crisis. El profetismo le da voz a los tres primeros principios y los articula para que sean realmente eficaces en la transformación de la crítica realidad que nos envuelve.

² J. Sobrino, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander: Sal Terrae, 1992, 32.

Los principios

El principio encarnación: encarnarse en la realidad

Pensar a Dios cristianamente implica encontrarse con el acontecimiento encarnacional, que es un elemento distintivo del cristianismo: Dios se hizo carne. H.U. Von Balthasar habla de un “cristianismo pretencioso”, porque se presenta ante el concierto de las religiones con la verdad de un Dios encarnado, o, visto desde el otro lado, la de un hombre en quien hay que reconocer a Dios³. ¡Qué pretensión!

La encarnación de Dios se constituye así en un principio fundante e identificador de todo lo cristiano. Pensar a un Dios encarnado implica repensar toda la realidad en sus múltiples facetas. Pensemos primero en la faceta de la “realidad histórica”: con la encarnación el tiempo ahora está preñado de Dios, deviene en *kairós*, y todo lo que en él acontece viene a ser historia de salvación.

Pensemos también en la “realidad humana”, pues con el Verbo encarnado, se le “revela al hombre el propio hombre” (GS 22). El sagrado comercio de los Santos Padres redefine la realidad humana: Dios se hace hombre para que el hombre llegue a ser como Dios⁴. La encarnación de Dios le permite al hombre encontrar el camino verdadero que lo conduce a la vida divina (Jn 14,6). Lo humano alcanza, con la encarnación de Dios, su deseo más primigenio: “ser como Dios” (Gn 3,5). Con el Dios encarnado el hombre tiene que ser repensado⁵.

También la “realidad cósmica” es afectada con la encarnación de Dios. Puesto que en Dios encarnado todo es recapitulado, ya que “todo fue creado por él y para él” (Col 1,16), la creación entera sólo espera el momento glorioso de su liberación, hasta cuando “Dios sea todo en todos” (1Cor 15,28). Si la creación ha quedado en espera de su glorificación es porque al encarnarse -al creaturarse- el creador sembró en toda su creación una semilla de eternidad: todo queda tensionado hacia la “pascua de la creación”⁶.

Por el principio encarnación, que es una acción iniciada por Dios, toda la realidad queda marcada, lo mismo que estimulada a seguir la misma lógica encarnacional. Por eso, para el cristiano, no puede haber *fuga mundi*, como tampoco puede dejarse engañar por el artificio de un espiritualismo pegajoso que pretende eximirle de su obligado camino de encarnación. El principio encarnación habla de un Dios que asume toda la realidad. El cristiano, si lo es verdaderamente, debe, igual e inexorablemente, encarnarse en la realidad.

³ Cfr. H.U. von Balthasar-J. Ratzinger, ¿Por qué todavía soy cristiano? ¿Por qué permanezco en la Iglesia?, Salamanca: Sígueme, 2005, 45-50.

⁴ Cfr. San Justino, Dial con Tryph 124, 4; San Ireneo, Adv Haer III, 19, 1; Clemente de Alejandría, Protr 8, 64; Orígenes, Contra Celsum, 3, 28.

⁵ Cfr. L.F. Ladaria, Jesucristo, salvación de todos, Madrid: San Pablo - Comillas, 2007, 70-75.

⁶ Cfr. J.L. Ruiz de la Peña, La pascua de la creación, (Col. Sapiensa Fidei, 11), Madrid: BAC, 1996, 123-146.

El principio responsabilidad: encargarse de la realidad

Max Weber en su libro “La Política como vocación”⁷ planteaba la urgente necesidad de desarrollar y aplicar una clara ética de la responsabilidad, sobre todo en el ejercicio de la política⁸. Retomando esa propuesta weberiana, H. Jonas, a finales de los años setenta, expone su “principio responsabilidad”, que es una respuesta ética al utópico “principio esperanza” de E. Bloch. El “principio responsabilidad” viene a ser en Jonas un examen crítico al abuso del dominio del hombre sobre la naturaleza, o sea, una fuerte crítica a la ciencia moderna o la tecnociencia⁹.

Decía I. Ellacuría que “la realidad tarde o temprano se impone”¹⁰. Por eso proponía plantarse ante la realidad con una actitud muy responsable¹¹. En otras palabras, hay que tener muy en cuenta “las consecuencias previsibles de la propia acción” (M. Weber). Hay que acercarse a la realidad guiados por el jonasiano “principio responsabilidad”. Una ética del presente y del futuro ha de ser la consigna cuando nos posicionamos en el corazón de la realidad.

Nuestra relación con la realidad, siempre siguiendo a Ellacuría, implica hacer una mirada responsable a la “realidad histórica”, en el sentido zubiriano de ese concepto¹². Y lo primero que hay que hacer es ver hacia el pasado para “hacerse cargo” de la realidad. Significa asumir las responsabilidades históricas de un pasado heredado mediante un profundo conocimiento de este para aprender de los aciertos y los desaciertos cometidos. El pasado no se evade ni se esconde, se asume con valentía, con respeto y con inteligencia.

La realidad histórica presente tiene también que ser tomada con mucha responsabilidad. Ellacuría planteaba la necesidad de “cargar” la realidad presente. Significa asumir el presente con todo su peso de realidad como una tarea ineludible, es la “honradez con lo real”¹³. Implica, por tanto, salir de los

⁷ Cfr. M. Weber, *La Política como vocación* (1919): Una conferencia pronunciada en el invierno revolucionario de 1919, por invitación de la Asociación Libre de Estudiantes de Múnich. Fuente: <https://es.scribd.com/read/34594100/La-politica-como-vocacion#>, consultado: 21 julio 2020.

⁸ *Ibid.*: “Hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de una ética de la convicción, tal como la que ordena (religiosamente hablando) ‘el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios’, o según una máxima de la ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción”.

⁹ Cfr. H. Jonas, *El principio de responsabilidad*. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica, Barcelona: Herder, 1995. “Un imperativo que se adecuara al nuevo tipo de acciones humanas --corrigiendo el imperativo categórico de Kant-- diría algo así como: ‘Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra’; o, expresado negativamente: ‘Obra de tal modo que los efectos de tu acción no sean destructivos para la futura posibilidad de esa vida’; o, simplemente: ‘No pongas en peligro las condiciones de la continuidad indefinida de la vida humana en la tierra’”, pp. 39-40.

¹⁰ “Estamos abiertos a la realidad, instalados en ella. Pero además estamos religados a la realidad. La realidad no sólo se nos hace presente, la fuerza de la realidad que se impone primariamente a la inteligencia, sino que se nos hace presente también como poder que nos domina”, I. Ellacuría, “La superación del reduccionismo idealista en Zubiri”. *Razón, ética y política. El conflicto en las sociedades modernas* (Palacios, X. y Jarauta, F. editores), Madrid: Anthropos, 1989.

¹¹ Decía Ellacuría: “Este enfrentarse con las cosas reales en tanto que reales tiene una triple dimensión: el hacerse cargo de la realidad, lo cual supone un estar en la realidad de las cosas -y no meramente un estar en la idea de las cosas o en el sentido de ellas-, un estar ‘real’ en la realidad de las cosas, que en su carácter activo de estar siendo es todo lo contrario de un estar cósmico e inerte e implica un estar entre ellas a través de sus mediaciones materiales y activas; el cargar con la realidad, expresión que señala el fundamental carácter ético de la inteligencia, que no se le ha dado al hombre para evadirse de sus compromisos reales sino para cargar sobre sí con lo que son realmente las cosas y con lo que realmente exigen; el encargarse de la realidad, expresión que señala el carácter práxico de la inteligencia, que sólo cumple con lo que es, incluso en su carácter de conocedora de la realidad y comprensora de su sentido, cuando toma a su cargo un hacer real”, en I. Ellacuría, “Hacia una fundamentación filosófica del método teológico latinoamericano”, ECA, 1975, 322-323, p. 419. Son los tres momentos que continuamente enarbolaba Ellacuría para enfrentar la realidad: el momento noético, el momento ético y el momento práxico.

¹² Cfr. I. Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*, San Salvador: UCA Editores, 1990, 491ss.

¹³ Cfr. J. Sobrino, “Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía”. *El Salvador, Nueva York, Afganistán*, Madrid: Editorial Trotta, 2002, 67;

anacronismos de culpar al pasado por lo que sucede en el presente con la única finalidad de evadir compromisos; también implica liberarse de la perniciosa angustia ante un futuro que muchas veces se plantea incierto. El presente es el constructor del futuro y éste se define cargando con todo el peso con que hoy se impone la realidad.

La realidad histórica también hay que asumirla en perspectiva de futuro, por eso Ellacuría plantea la necesidad de “encargarnos” de la realidad. Es el momento práxico de nuestra confrontación con la realidad y es la forma más concreta del principio responsabilidad en Jonas, quien critica la ética tradicional como “próxima”, centrada en el aquí y ahora, sin tener en cuenta el creciente alcance del obrar colectivo que, siguiendo el paradigma de la tecnociencia, pone en peligro la vida humana en el futuro. La ética de la responsabilidad de la que habla Jonas busca claramente tomar en serio, “encargarse”, de ese futuro.

El principio esperanza: trascender la realidad

El presente inventa el futuro y éste a su vez se tiene que ver con esperanza. Aquí planteamos la esperanza como un principio que define nuestra existencia, no en el sentido blocheano, sino específicamente cristiano¹⁴. La esperanza cristiana la debemos comprender con mayúscula, porque no es una cosa, un objeto, sino una persona. La realidad presente se vive en la Esperanza, que es Cristo, y con Esperanza, que es el Espíritu. Esta vida presente esperanzada se asoma al futuro en cuanto el presente es trascendido. El presente no encarcela la existencia del hombre porque cuando el hoy se vive en y con Esperanza siempre será trascendido.

Trascender el presente lanzándose hacia el futuro mediante la esperanza, significa que el futuro estará siempre abierto, convocando, incitando, atrayendo. Por eso el cristiano cuando vive con y en la Esperanza encuentra energías interiores que lo empujan hacia el futuro porque éste se presenta como una promesa posible tan excesiva que lo arrastra con una fuerza tan potente, al punto de que el hombre esperanzado opera y coopera con el mismo Dios para alcanzar esa promesa planteada, que tiene su anticipación aquí y ahora¹⁵.

Id., “La honradez con lo real”, ST 80 (1992) 375-388.

¹⁴ Es verdad que Bloch comprende al ser humano como el ser de una radical apertura y lo describe como quien al situarse en el mundo como “ser para la muerte” (Heidegger) no sucumbe a la “angustia” existencial decantada en nihilismo (Sartre) sino como quien al hacer una anticipación utópica, o “conciencia anticipatoria”, sueña “sueños soñados despiertos”: “El sueño soñado despierto de una vida perfecta, un sueño mediado objetivamente, y precisamente por ello no resignado, supera así tanto su proclividad al engaño como la misma falta de sueños”, en E. Bloch, *El principio esperanza III*, Madrid: Trotta, 2007, 498. Sin embargo, la esperanza en Bloch redonda siempre en el hombre y en la materia, sin llegar a explicar la fuerza motora que lleva al hombre a “esperar contra toda esperanza” de modo que enfrentando su “ser para la muerte” no sólo se concentre en el “cuido de sí” sino que hace de su vida “un don de sí hasta la muerte” que lo hace trascender y avanzar hacia su verdadera “patria” que comienza a construirse dentro de las concreciones históricas de este mundo.

¹⁵ Planteamos aquí el “principio del exceso”, que es el concepto medular del pensamiento del gran teólogo belga Adolphe Gesché, para quien Dios es “in mentis excessus” (la idea excesiva que es Dios), por la que la teología debe considerarse como la “ciencia de las demasías”. Si Dios es esa “demasía”, la epistemología del exceso se convierte en el método para pensar al hombre, “Dios para pensar al hombre”, al grado de que la teología es definida como “el discurso sobre hombre que habla de Dios en la fe” (Cfr. A. Gesché, *El hombre*, Salamanca: Sígueme, 2010, 36). Dentro de ese discurso teológico del “Dios para pensar” y con la “epistemología del exceso”, Gesché plantea el tema de la esperanza como “sabiduría”, porque “la sabiduría está ahí para hacer que las posibilidades de la esperanza sean reales”, en A. Gesché, *El sentido*, Salamanca: Sígueme, 2004, 135. Gesché identifica la esperanza con la sabiduría porque ésta es “apertura” y “paciencia”, apertura para la alteridad ya que “la esperanza sólo puede venir del otro” y paciencia porque el hombre tiene que aprender a ser hombre (aceptar sus límites) antes de querer ser “como Dios” (destino del hombre y horizonte de la esperanza).

Cristianamente la esperanza es activa nunca pasiva. Esta esperanza siempre es responsable con el presente porque se lanza hacia un futuro que se comienza a diseñar en el aquí y ahora como un “ya pero todavía no” que va hacia una plenitud. Aunque la realidad presente se imponga con su peso y hasta con su agresividad, el cristiano que espera no se deja aplastar por ella, sino que la trasciende por la misma fuerza de la esperanza porque sabe que ésta “no defrauda” (Rm 5,5).

Aplicación de los principios

La pandemia de la Covid-19 es la realidad que hoy se impone en el mundo. Se va desplegando en el tiempo con una fuerza avasalladora y aplastante. Todas las esferas de la vida humana (social, político, económico, cultural) se han visto afectadas. El mundo está en un “shock” generalizado. ¿Cómo responder cristianamente a esta apabullante realidad? ¿Cómo interpretarla y afrontarla? ¿Qué hacer ante la estela de dolor y muerte que está dejando a su paso?

Me parece que una respuesta oportuna y sistemática la encontramos en los principios arriba expuestos.

La realidad de la pandemia exige seguir el principio-encarnación

Dios en Jesucristo se ha encarnado en la toda la realidad y ha marcado el camino a seguir: el cristiano tiene que ser un hombre encarnado en la realidad. Vivir bajo la lógica de la encarnación durante esta pandemia implica seguir los mismos movimientos que hizo Dios en su proceso encarnacional: abajamiento, compasión y elevación. Si Dios se vació de sí mismo para solidarizarse con la humanidad, también nosotros estamos llamados a vaciarnos de nosotros mismos para ser solidarios con quienes nos rodean. Implica activar nuestros sentidos para poder ver la necesidad, escuchar el clamor de todas las voces que reclaman una cota de compasión. Implica cargar al caído y animar al abatido. Por eso, el principio encarnación está unido al “principio misericordia” tal y como lo propone el P. Sobrino, y que el Papa Francisco ha asumido con gran amplitud (*Misericordiae Vultus*)¹⁶.

Encarnados en esta realidad sometida al peso de la pandemia, exige hacer un minucioso discernimiento para superar los numerosos dilemas que van apareciendo. Tal es el caso del dilema que ha surgido en el momento más denso de la pandemia: salud o economía. Con mirada de fe, con un juicio evangélico y con definidos valores para actuar, un dilema tal desaparece, pues la primacía de la persona rompe ese tipo de dilemas: no se trata de uno o de otro, sino de ambos, ya que, si el centro lo ocupa la persona, se hará todo lo posible por salvar al enfermo (salud) y se hará hasta lo imposible por asegurar a todos un futuro previsible y digno (economía).

¹⁶ S.S. Francisco (2015), *Misericordiae Vultus*, 10: “La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo.”

La realidad de la pandemia obliga a seguir el principio-responsabilidad

Teniendo a la base el principio encarnación, seguir el principio responsabilidad resulta una obligación. Encarnados en la realidad no podemos presentarnos ante ella indolentes e inermes sino proactivos y llenos de vigorosa responsabilidad. Si queremos ser responsables con la realidad debemos aprender del pasado y dejarnos aleccionar por él. Debemos ser acuciosos con el presente para corregir los errores del pasado y poner en acto el nuevo imperativo ético como lo propone H. Jonas: “no poner en peligro la continuidad indefinida de la humanidad en la Tierra”¹⁷.

Ser responsables con la realidad implica atreverse a asumir roles de liderazgo político sin miedos, sobre todo en el terreno de la política profesional, pero como hombres con vocación política, que viven para la política y no de la política, como señalaba Weber¹⁸. La responsabilidad elevada a un principio existencial ha de ser la principal virtud que debe cultivarse en medio de la pandemia. Bajo la lógica de la ética del presente, la responsabilidad debe guiar todo el proceder desde el más humilde ciudadano hasta el más encumbrado funcionario de gobierno. La corrupción puede convertirse en una lepra de la que hay que huir y los que se han dejado tocar por ella han de ser vistos como parias de la sociedad. Pero el principio-responsabilidad persigue más la lógica de la ética del futuro, por eso se conecta plenamente con el principio-esperanza.

La realidad de la pandemia reclama el principio-esperanza

La pandemia con su aplastante peso está dejando una honda huella de dolor y sufrimiento. Como cristianos estamos llamados a afrontarla desde una perspectiva específica, y puesto que es dolorosa, la pandemia reclama el principio esperanza¹⁹. Cuando el dolor nos toca, cuando el luto nos envuelve, lo primero que se pierde es la esperanza. Cuando se vive sin esperanza ya no se vive, sino se vegeta. Sin esperanza nos volvemos “personas rotas”, despedazadas. Por eso la esperanza tiene que sembrarse y cultivarse, pero no cualquier esperanza, sino la cristiana, aquella que no defrauda, porque se funda en una persona y en una promesa que nos excede y nos cautiva²⁰.

¹⁷ H. Jonas, *El principio de responsabilidad*, 40.

¹⁸ M. Weber, *La Política como vocación* (ver cita n. 7): “Hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive ‘para’ la política o se vive ‘de’ la política [...] Vive ‘de’ la política como profesión quien trata de hacer de ella una fuente duradera de ingresos; vive ‘para’ la política quien no se halla en este caso” Antes había afirmado: “Quien vive ‘para’ la política hace ‘de ello su vida’ en sentido íntimo; o goza simplemente con el ejercicio del poder que posee, o alimenta su equilibrio y su tranquilidad con la conciencia de haberle dado un sentido a su vida, poniéndola al servicio de ‘algo’”.

¹⁹ Aunque E. Bloch define al hombre como el 1 ser esperante, su propuesta, como la criticó H. Jonas, deja a la humanidad encerrada en su propia inmanencia. Las utopías marxistas de una vida perfecta, circunscritas a lo meramente histórico, con todas sus contingencias, y conducidas por la dinámica dialéctica de la materia, eran el centro de la reflexión blocheana. Jonas le recuerda a Bloch que ese utopismo lleva a la humanidad a terminar en las garras de la tecnocracia y por tanto en una autodestrucción, por eso propondrá el principio responsabilidad como un “*Tractatus technoloticus-ethicus*” para corregir el malogrado utopismo del principio esperanza.

²⁰ Por eso no basta activar los sueños soñados despiertos, y ni siquiera es suficiente agregarles la fuerza de la responsabilidad, sino que es necesario, además, despertarle al mismo hombre la energía interior que nace de la relación personal con aquel que respeta sus sueños, le activa la responsabilidad pero que también le hace trascender pasando por el umbral de la muerte. Esa energía es la esperanza cristiana y esa esperanza es Cristo y su Reino, que convoca y provoca de una manera excesiva.

La esperanza cristiana se une plenamente con la responsabilidad, pues al esperar nos toca afincarnos en el presente con perspectiva de futuro, pero siendo activamente responsable hoy para preparar el mañana que se percibe siempre mejor²¹. De este modo, mediante la esperanza encontramos energías ocultas y aunque el dolor nos envuelva, la esperanza nos reconstruye y lanza hacia adelante. Además, la esperanza es contagiosa. Y el cristiano, cuyo signo de identidad es la esperanza, en medio de la penumbra de la pandemia, debe contagiar al mundo con ese nuevo virus, contagiar a los abatidos para que encuentren esa energía que se esconde tras las sombras del sufrimiento y del dolor. La esperanza es la energía que cambiará el mundo-covid.

¿Cómo abordaría la pandemia Mons. Romero?

Estamos en crisis. La pandemia de la Covid-19 nos ha colocado en una situación crítica en el terreno de salud pública y será más honda la crisis en el terreno económico²². Para los griegos, el concepto κρίσις (separación) es una acción determinante que, en el tiempo, permite distinguir, enjuiciar y decidir todo lo que se juega entre la vida y la muerte. Por tanto, el tiempo de crisis es sobre todo una gran oportunidad -puede volverse una tragedia, ciertamente- que permite tomar la mejor decisión con inteligencia y valentía. Bien podemos decir que toda crisis es un saludable kairós divino para crecer.

Aprendamos, pues, de la sabiduría de aquellos que mostraron capacidad para enfrentar las crisis en el pasado. Mons. Romero en 1979 escribió una carta pastoral con el título “Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país”²³, un título muy oportuno para nuestro momento de crisis de salud y su consecuente crisis económica que se avecina²⁴. En la homilía del 6 de agosto de ese año, Monseñor hizo una síntesis de la carta y tituló la homilía con el mismo nombre. Recojamos las sugerencias fundamentales que ofrece nuestro profeta y mártir, para así saber actuar ante la crisis reinante.

²¹ La Esperanza cristiana, que no es un concepto sino una persona (Cristo), le permite al hombre cruzar el umbral de lo histórico a lo meta-histórico, sin anular lo histórico, llevándolo a un “exceso” inesperado (resurrección). Pero todo comienza en la historia, mediante el encuentro y adhesión a Jesucristo (fe), que desata en el creyente el dinamismo que colma en el hombre sus “sueños diurnos” y perfecciona su “actitud responsable” al ser cristificado (filiación adoptiva) y por tanto divinizado (salvación), pues el hombre es “un ser destinado a compartir la vida de Dios”. Pero la divinización tiene una consecuencia colmante para el hombre: la libertad. “Es la libertad de Dios la que se nos comunica (con la filiación). Si queremos comprender hasta el fondo la revelación de nuestra filiación tenemos que llegar hasta ahí (la liberación)”, A. GESCHÉ, Jesucristo, Salamanca: Sígueme, 2002, 227. Libres hasta ser capaces de dar la vida para generar vida. Esa manera de “ser esperante” hace superar cualquier crisis mientras se brega en la historia.

²² La comprensión de la pandemia de la Covid-19 como una crisis mundial es evidente. Los estudios, aunque someros, comenzaron a salir pronto. Cfr. A. E. Gómez - J. G. Ramírez (coord.), Pensar la crisis. Perplejidad, emergencia y nuevo nosotros, Medellín: Editorial EAFIT, 2020. Un poco más profundo son los estudios que sobre las repercusiones de la pandemia presenta la famosa revista francesa Esprit: “Les virus dans la cité”, 2020/5 (mayo), pp. 194.

²³ Cfr. Ó. A. Romero, Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país: cuarta carta pastoral de Monseñor Óscar A. Romero, Arzobispo de San Salvador, 1979. Dicho documento tuvo el propósito de aplicar las conclusiones de la Conferencia de Puebla a la realidad concreta arquidiocesana de aquel momento. La lectura de la realidad que hace Monseñor para aplicar Puebla es la de la “crisis”. La realidad es crítica y Monseñor quiere iluminar con su carta los caminos que debe recorrer la Iglesia en medio de esa crisis. Un importante estudio que analiza con mucha amplitud el contexto crítico en el que vivió Mons. Romero es la tesis doctoral presentada por H.R. Grenni, El Salvador en tiempos de Monseñor Romero: contradicciones de un período de violencia. La evolución del pensamiento de Romero (tesis inédita), Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, 2015, en línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=102258> (consultada el 30 julio 2020).

²⁴ La realidad actual en El Salvador es particularmente crítica, no sólo por el fenómeno de la pandemia, sino sobre todo por la agitada coyuntura política, económica y social que se ha creado a raíz del cambio de un gobierno que, en manos de un grupo de poder emergente, quiere imponerse sobre los grupos tradicionales de derecha y de izquierda del país. Como toda crisis, esta coyuntura puede ser un paso hacia adelante en el proceso democrático y de desarrollo del país, o puede significar, por el contrario, un profundo retroceso. Los signos percibidos en el primer año y medio de este gobierno avivan una razonable preocupación.

Metodo de Mons. Romero para abordar la crisis: de lo general a lo particular, de lo noético a lo práxico

Monseñor dividió el documento en cuatro partes, que encajan en el enfoque que va de lo general a lo particular y pasa del momento noético al momento práxico²⁵. La primera parte es una lectura general de la realidad comprendida desde la tercera conferencia: “La crisis del país, a la luz de Puebla”. La segunda parte, que se enmarca en lo práctico, la tituló: “Contribución de la Iglesia al proceso de liberación de nuestro pueblo”. Estas dos partes dan ese enfoque general, noético y práxico, que Monseñor imprime en su escrito.

La tercera parte tiene un enfoque más específico, pero con la intención de comprender (iluminar) la realidad concreta de su diócesis: “Iluminación de algunos problemas concretos” fue el nombre que le dio a esa parte. Así mismo, la cuarta parte, con el enfoque específico pero práctico, ofrece “La línea pastoral de Puebla en la arquidiócesis”. Claramente se ve que Monseñor eligió una estructura muy coherente y lógica para exponer sus ideas con el fin de aplicar las conclusiones de Puebla en la Arquidiócesis de San Salvador. Analicemos su carta pastoral a la luz de esta metodología.

1 A. Momento noético general: comprensión de la realidad como “crisis”.

Puesto que la realidad se presenta en plena crisis, Mons. Romero se acerca a ella para analizarla desde dos ángulos: el social y el eclesial. Dentro de la crisis social Monseñor resalta cinco aspectos cruciales: 1) la injusticia social, 2) deterioro político, 3) actitud gubernamental, 4) economía de precariedad e ideología de seguridad nacional, 5) deterioro moral. Pero Monseñor también analiza la crisis intraeclesial, de la que resalta: 1) la desunión, 2) ausencia de renovación y adaptación, 3) desvalorización evangélica.

La situación crítica, social y eclesialmente hablando, le plantea a Monseñor el reto de la honradez con lo real²⁶. Por eso revisa con honestidad aquellos aspectos que más aquejan a la sociedad y que están a la base de esa situación socialmente crítica en la que vive la nación. Además, siempre en el marco de la honradez con lo real, no esconde los serios problemas que se viven al interno de la misma iglesia, comenzando por la dolorosa situación de división, evidente y dramática, entre los mismos obispos y entre los presbiterios; acepta honestamente el estancamiento pastoral en el que se había caído y en la peligrosa deuda evangélica que la vida eclesial experimentaba. Analizada así la realidad, resultaba urgente actuar.

²⁵ Monseñor Romero decide abordar la situación crítica del país ciñéndose a una metodología bien definida. Su planteamiento comienza con la necesidad de conocer a profundidad la realidad (momento noético) para luego intervenir en ella con un programa de acción oportuno (momento práxico). A partir del conocimiento de la realidad se construye el edificio axiológico (valores) y a través de este se define la acción adecuada (ética): Cfr. Susi Ferrarello, “Thinking, Acting and Being”, en Filosofía UIS, Vol. 10, No. 1 (enero - junio) 2011, pp. 177-190.

²⁶ Cfr. J. Sobrino, “La honradez con lo real”, 375-388.

1 B. Momento prático general: contribuir a la liberación integral.

El punto de partida para actuar frente a esa realidad en crisis es la “identidad eclesial”, luego se debe promover una “evangelización integral”, que incluya una sólida “orientación doctrinal” hasta llegar a la “denuncia profética” (señalar el pecado y llamar a la conversión); a este momento práctico de la denuncia profética Monseñor agrega el tema del “desenmascaramiento de las idolatrías” de la sociedad, entre las que señala con precisión: 1) la absolutización de la riqueza, 2) la absolutización de la seguridad nacional, 3) la absolutización de la organización; termina Monseñor su planteamiento práctico general esbozando la necesidad de “promover la liberación integral del hombre”, hacer urgentes “cambios estructurales profundos” y no descuidar el “acompañamiento al pueblo”.

Esta propuesta de acción, exhaustiva y ambiciosa, deja ver que Monseñor no se contenta con respuestas triviales que al final son ineficaces por ser superficiales. Su propuesta es integral, tanto por la amplitud y la profundidad de la respuesta que busca dar a la realidad crítica que antes ha analizado. Su punto de partida es la vida eclesial para que desde su más pura identidad se lleve la buena noticia de la salvación (evangelio) a toda la realidad social necesitada de ese mensaje y de su consecuente acontecimiento salvífico. Para Monseñor, la contribución que debe ofrecer la Iglesia es ese anuncio salvífico que se condensa en una sola palabra: liberación. La salvación es liberación y esta debe ser integral, o sea, que incluye a todo el hombre y a todos los hombres, en la dimensión eclesial y particularmente en la dimensión social.

2 A. Momento noético específico: realidad concreta abordada desde la consulta.

En esta tercera parte, Monseñor apunta su mirada de análisis a tres problemas que asume como “especiales”: 1) el problema de la violencia, 2) el problema de la ideología marxista, 3) el reto del diálogo nacional. Esta es la parte más pequeña de las cuatro, y Monseñor la presenta como el resultado del “diálogo del pastor con sus comunidades”. Monseñor ha querido comprender la realidad específica de su diócesis sobre todo consultando a su pueblo, y fue de dicha consulta que resultaron esos tres aspectos, dos como problemas candentes y el tercero como un reto.

Seguramente tanto los miembros de las distintas comunidades eclesiales consultadas, así como la de sus respectivos pastores, plantearon como problema principal el de la violencia. Monseñor acoge ese punto y lo analiza muy minuciosamente: comienza haciendo la relación entre la “justicia” y la “violencia”, poniendo la primera como criterio de juicio de la segunda; condena la “violencia estructural”, la “violencia del Estado”, la violencia de la “extrema derecha” y la “violencia terrorista”, para terminar con la revisión de la “violencia de la insurrección” y la “violencia de legítima defensa”,

aclarando que esta última tiene sus condiciones que deben respetarse para que sea legítima. Habiendo analizado así el tema de la violencia cierra su reflexión sentenciando que “el cristiano es pacífico pero no pasivo”; sin duda una sentencia que encierra una profunda sabiduría y una gran pedagogía.

Los otros dos temas que analiza Monseñor en este apartado específico de realidades es el problema de la ideología comunista y el reto de un diálogo nacional. El tema de la ideología marxista surgió en la consulta dada la evidente radicalización ideológica con fuerte influencia marxista que se estaba dando en los distintos grupos organizados; en ellos participaban muchos miembros de comunidades de base y líderes eclesiales. Monseñor pide conocer el marxismo en sus diversos sentidos para ganarle el campo de influencia, además de hacer notar que hay que analizar el “capitalismo igualmente peligroso”.

Por último, Monseñor plantea la “necesidad” de un “diálogo nacional” en el que se respeten unas indispensables condiciones, tales como: 1) participación de las fuerzas sociales, 2) cese de toda violencia, 3) centrado en el cambio de las estructuras, 4) permita la libertad organizacional. Vemos que en esta parte Monseñor se centra en aspectos específicos y candentes en la realidad arquidiocesana de aquel momento. La consulta realizada le permitió sin duda ese nivel de concreción para analizarla con detenimiento. Centrarse en la “realidad actual” concreta es un paso indispensable ante las situaciones críticas.

2 B. Momento práxico específico: aplicación de Puebla en la arquidiócesis.

Monseñor Romero comienza planteando en esta última parte la necesidad de reconocerse en medio de una realidad cambiante, por lo que advierte que “no podemos quedarnos inmóviles ante las exigencias de un mundo en cambio”. Por eso plantea la necesidad de ser una Iglesia con “actitud de búsqueda” y afirma tajantemente que “en esta actitud de búsqueda, debemos recordar que la Iglesia es histórica, que está en camino”. Intrépidamente afirma que “no se posee una manera acabada de interpretar el Evangelio, aplicable exactamente a todas las épocas y circunstancias”, y por eso “la Iglesia va evolucionando de conformidad al momento histórico que vive en su forma de presentar el mensaje único del Evangelio”. Para Monseñor, la Iglesia es peregrina y vive en actitud de búsqueda.

Con ese presupuesto dinámico de la identidad eclesial, Monseñor va a recoger los elementos prácticos que del “espíritu de Puebla” buscará aplicar en su arquidiócesis, tales elementos son: 1) la opción preferencial por los pobres, 2) la pastoral de conjunto, 3) la adaptación pastoral, que incluye: a) pastoral masiva o evangelización extensiva, b) pastoral de comunidades de base (dinamizarlas y purificarlas), c) pastoral de acompañamiento (pastoral política). Esos elementos constituyen la síntesis práctica por medio de la cual Monseñor quiere hacer que Puebla sea asumida en la realidad “crítica” de su arquidiócesis.

Sin duda son opciones concretas y específicas, que conllevan aplicabilidad fáctica indiscutible. Son líneas extremadamente operativas.

Monseñor concluye su carta declarando su permanente “*sentire cum ecclesia*”, es decir, su íntima vinculación con la Iglesia universal mediante su adhesión al Papa; su comunión y adhesión al episcopado latinoamericano, mediante la aplicación del “espíritu de Puebla” en la pastoral de su arquidiócesis; sintiéndose bajo el soberano patrocinio del Divino Salvador del mundo, “base y cumbre de toda nuestra pastoral”, y del amparo de la Virgen María, “modelo evangélico y fuerza liberadora”, Madre de la Iglesia y de América.

Criterios que plantea Mons. Romero para afrontar la crisis: desvelamiento del “principio-profético”.

Monseñor Romero afronta la crisis con el mismo espíritu con que los profetas de Israel realizaron su misión²⁷. Ese proceder profético lo colocamos aquí como un “principio”, junto a los tres que ya hemos revisado. De tal modo que el “principio-profético” se convierta igualmente en un elemento imprescindible para poder hacer un auténtico abordaje cristiano de la pandemia. Sin duda que los profetas son la voz en medio de la crisis. Eso indica que al presentarse una situación crítica debe siempre aparecer el espíritu profético; la crisis reclama la presencia del profeta, para que con su voz despierte la *esperanza*, llame a la *responsabilidad* y haga aterrizar en la realidad a los distraídos (*encarnación*).

El profeta es sobre todo sembrador de esperanza.

Monseñor Romero, como verdadero profeta de Dios, alzó su voz para proclamar con insistencia que no todo estaba perdido, que en medio de aquella situación crítica que atravesaba el país, había espacio para la esperanza²⁸. Pero la esperanza que planteaba Monseñor es la que se funda en aquel que es la esperanza en persona, Jesucristo, “nuestra esperanza” (1Tim 1,1). Por tanto, la suya no es una esperanza ingenua, ni mucho menos falsa, sino realista. Monseñor Romero sabe que la esperanza es falsa cuando se invita a esperar sin atacar las raíces de las injusticias. Los falsos profetas de Israel invitaban al pueblo a multiplicar sus actos de culto para alimentar la esperanza, pero sabemos que un culto sin justicia sólo genera una esperanza falsa.

Por eso Monseñor Romero, en su homilía el 6 de agosto de 1979, día en que presentaba su carta pastoral que hemos analizado, propone algunos criterios que deben de tenerse en cuenta para alimentar la esperanza verdadera: 1) el anuncio del evangelio que es Cristo, 2) la denuncia del pecado (la idolatría del poder, la violencia, las múltiples formas de injusticia, etc.), 3) la propuesta de soluciones, que para Monseñor incluyen: coherencia de la identidad (humana

²⁷ Cfr. Cristóbal Sevilla Jiménez, “Crisis y esperanza en los profetas de Israel”, en Scripta Fulgentina, XXIV - Nº 47 (2014), 7-22.

²⁸ Con firme elocuencia afirmaba: “Sembremos en esa tierra bien abonada la cepa de Cristo, la vid, la vida eterna, la fe, la oración, nuestra misa dominical, los sacramentos, todo esto que nos eleva a perspectivas trascendentes y que nos hace esperar aun en medio de las crisis y dificultades de las injusticias y atropellos de la tierra la gran esperanza de que no todo está perdido, porque la cepa de Dios está bien plantada en nuestra tierra” (Homilía, 8 octubre 1978) (El subrayado es nuestro).

y eclesial), el diálogo respetuoso y profundo, acompañamiento cercano así como el conocimiento de las causas de los problemas que generan la crisis del momento. La esperanza profética no es ingenua ni pasiva, por eso al final de la homilía Monseñor afirmará: “Los que somos Iglesia, ricos o pobres, profesionales o jornaleros, encarnemos el reto que Cristo nos hace para que cada uno de nosotros colabore a la transfiguración de nuestra patria”²⁹.

El profeta es reconstructor de la responsabilidad ética

El “*prophetês*” es el que “habla en lugar de”, es el “*nabí*” hebreo, es decir, el “hablador”, el “proclamador” o “portavoz” de Dios ante el pueblo³⁰. Tiene la misión de dar a conocer al pueblo la voluntad de Dios. Tiene el carisma de la intercesión entre pueblo y Dios, pero también se planta frente a los reyes y poderosos cuando éstos no se rigen según los criterios divinos. Presentan a un Dios cercano, que se relaciona con su pueblo, un Dios que habla, pero que es santo y justo, y quiere que todos (gobernantes y gobernados) le rindan el culto verdadero: el de la justicia y la misericordia. Ellos son los que verdaderamente interpretan la historia y convocan al pueblo a reconstruirse, en medio de la crisis, a través de la rectitud del corazón (responsabilidad ética).

Con esa misma actitud, Monseñor Romero se presentó en medio de la crisis que vivía su país en aquel momento, para convocar a su pueblo a una verdadera reconstrucción moral. Como todos los profetas, su llamado permanente fue el de volver a Dios: “Otra gran contribución de la Iglesia es señalar que el único camino de salida es, precisamente, esa conversión de los hombres y mujeres. Y aunque esto parezca idealismo, utopía, ¿cuándo se van a convertir todos los pecadores?, la Iglesia lo proclamará siempre; porque mientras El Salvador, desde las altas esferas hasta las ínfimas, no entre en caminos de conversión por la ley de Dios, no podrá haber solución a las crisis que atenacean a nuestro pueblo” (Homilía, 6 de agosto 1979).

Monseñor invita a cada uno de los salvadoreños a ser responsable de los destinos de la nación. La reconstrucción moral que propone Monseñor comienza con la conversión de las estructuras, y esta comienza, como ya hemos señalado, con la conversión del corazón. El culmen de este proceso regenerador es el restablecimiento de la institucionalidad, pues la crisis social se agudiza cuando la institucionalidad está deteriorada, cuando el aparato de gobierno no funciona por el deterioro moral (corrupción) y por la desarticulación (polarización). Monseñor invita a reconocer “con franqueza el horrible dominio del misterio del pecado en la sociedad salvadoreña, (cuya raíz subyace en) el tremendo deterioro moral” (Homilía, 6 de agosto 1979).

²⁹ O.A. Romero, Homilias: Monseñor Oscar A. Romero V, San Salvador: UCA Editores, 2008.

³⁰ Cfr. L. Montloubou, Los profetas del Antiguo Testamento, Cuadernos Biblicos 43, Navarra: Verbo Divino, 1987, 12.

El profeta invita al pueblo a la honradez con lo real: encarnarse en la realidad.

Según Sicre, para comprender a los profetas primero hay que ver los “datos previos de la sociedad en que viven”³¹, en otros términos, hay que entender que la realidad se impone sobre el profeta y determina su misión. Monseñor Romero no dudaba en afirmar que “el pueblo es mi profeta” y que “con este pueblo no cuesta ser pastor”. El profeta es un “místico de ojos abiertos”³², por lo que la realidad le cuestiona y lo enrola en la urgente tarea de transformarla. Al presentarse ante la realidad, inevitablemente establece una relación de confrontación con ella dada su delicada misión de anuncio y denuncia. Se enfrenta contra los poderosos (Reyes y Estado), contra las idolatrías (violencia e inhumanidad), contra el culto vacío (culto sin justicia) y no amagará por instaurar la soberanía de Dios (Reino de Dios) en medio del mundo.

Si la realidad se impone, el profeta tiene que mostrar su honradez con lo real. Esa fue la actitud de Monseñor Romero ante la realidad crítica de su momento. En la lógica de la mística de ojos abiertos intenta sobre todo conocer la realidad para adentrarse en ella lo más hondo posible. Por eso Monseñor buscaba ir a la raíz de los problemas, tal y como lo demostró con su carta pastoral. Lo primero que hay que tener en cuenta al estar en el corazón de la realidad, según Monseñor, es la “actitud de búsqueda”, nunca instalados en la realidad sino en actitud de peregrinos que avanzan al ritmo del tiempo. La segunda actitud es la autocrítica. No se puede entrar al corazón de la realidad y querer cambiarla sin hacer una profunda auto revisión. Por eso Monseñor aceptaba humildemente y con dolor el drama de la división de la jerarquía; además, señala con tristeza la “desvalorización de criterios evangélicos por criterios políticos” y acepta que la conversión a los pobres no es una realidad generalizada.

En fin, debemos decir que el modo cómo Mons. Romero abordó la crisis de su tiempo nos revela a nosotros el “principio-profético”, es decir, la condensación de los tres anteriores principios pero ahora “vocalizados”, teniendo resonancia constante e insisiva, en la voz de los que asumen la misión profética en medio de la crisis. Si la Iglesia es el “pueblo profético” en medio del mundo, las crisis exigen que ese profetismo se actualice. No habría abordaje cristiano de una crisis, como la pandemia, sin el “principio-profético”.

Conclusión

La realidad se impone con su peso y contundencia. En vistas a la honradez con lo real, debemos abordarla con pertinencia y con pleno sentido cristiano. La pandemia de la Covid-19 es la realidad que se nos ha impuesto en este último año, su paso está dejando una secuela de dolor, muerte y mucha consternación. Las secuelas post pandemia apenas las estamos vislumbrando. En definitiva, la realidad actual ha colocado a toda la humanidad en una situación de crisis que

³¹ J. L. Sicre, *Profetismo en Israel. El profeta. Los profetas. El mensaje*, Navarra: Verbo Divino, 41998, 138.

³² J. B. Metz, *Por una mística de ojos abiertos. Cuando irrumpe la espiritualidad*, Barcelona: Herder, 2013.

ineludiblemente debemos abordar desde nuestra fe.

En este breve trabajo de reflexión hemos discurrido en cuatro conceptos a los que les hemos reconocido la calidad de principios basilares para comprender, interpretar y reaccionar ante la realidad crítica de la pandemia. Tres de esos principios tienen una larga data de elaboración y de influencia: encarnarse en la realidad es el distintivo de lo cristiano, la responsabilidad ha sido muy bien teorizada como fundamento de una ética de futuro, la esperanza ha sido ampliamente reflexionada filosóficamente desde el ángulo utópico y teológicamente desde el ángulo escatológico.

Sin embargo, el profetismo, aunque de larga data en la historia del pensamiento religioso judeo-cristiano, aquí lo proponemos como un principio al lado de los tres primeros, porque es una clave de interpretación y, sobre todo, criterio de actuación en medio de la crisis. El profetismo bíblico se caracteriza por ser un fenómeno propio de los momentos críticos. Su presencia es exigida en dichas circunstancias. Aquí lo hemos revisado como un aspecto esencial que condensa y amalgama de manera proactiva y eficaz los demás principios, les da voz y empuje práctico. El profeta invita a encarnarse en la realidad, incita a la responsabilidad y siembra la esperanza en medio de la crisis.

El ejemplo de un profeta acreditado por el pueblo y por la historia, que de manera elocuente y expresa ejerció ese ministerio, es Mons. Romero. Nos hemos centrado en la revisión de su cuarta carta pastoral que precisamente tituló “Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país”. Le hemos dado amplio espacio de revisión a dicha carta porque en ella encontramos los elementos fundamentales para comprender el proceder profético de Monseñor en medio de aquel tiempo crítico que lo tocó enfrentar. Monseñor supo acercarse a la realidad crítica con un método oportuno y con los criterios pastorales que son un verdadero desvelamiento del principio-profético indispensable para afrontar cualquier crisis.

La gran crisis coyuntural de la pandemia, que se inserta en la otra más grande crisis que es el cambio de época actual, exige la presencia decisiva del carisma profético. Si queremos abordar cristianamente estas crisis, debemos inevitablemente apelar al espíritu de profecía. Pero, ¿dónde están los profetas?

Referencias.

Balthasar, H.U. von - Ratzinger, J., *¿Por qué todavía soy cristiano? ¿Por qué permanezco en la Iglesia?*, Salamanca: Sígueme, 2005.

Bloch, E., *El principio esperanza III*, Madrid: Trotta, 2007.

Ellacuría, I., *Filosofía de la realidad histórica*, San Salvador: UCA Editores, 1990.

Ellacuría, I., «La superación del reduccionismo idealista en Zubiri». *Razón, ética y política. El conflicto en las sociedades modernas* (Palacios, X. y Jarauta, F. editores), Madrid: Anthropos, 1989.

- Ellacuría, I., “Hacia una fundamentación filosófica del método teológico latinoamericano”, *ECA*, 1975, 322-323.
- Ferrarello, S., “Thinking, Acting and Being”, en *Filosofía UIS*, Vol. 10, No. 1 (enero - junio) 2011.
- Francisco, S.S., (2015), *Misericordiae Vultus*.
- Gesché, A., *El sentido*, Salamanca: Sígueme, 2004.
- Gesché, A., *Jesucristo*, Salamanca: Sígueme, 2002.
- Gesché, A., *El hombre*, Salamanca: Sígueme, 2010.
- Grenni, H. R., *El Salvador en tiempos de Monseñor Romero: contradicciones de un período de violencia. La evolución del pensamiento de Romero* (tesis inédita), Sevilla, Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, 2015.
- Jonas, H., *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Barcelona: Herder, 1995.
- Ladaria, L.F., *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid: San Pablo - Comillas, 2007.
- Metz, J.B., *Por una mística de ojos abiertos. Cuando irrumpe la espiritualidad*, Barcelona: Herder, 2013.
- Monloubou, L., *Los profetas del Antiguo Testamento*, Cuadernos Bíblicos 43, Navarra: Verbo Divino, 1987.
- Ramírez, J. G. (coord.), *Pensar la crisis. Perplejidad, emergencia y nuevo nosotros*, Medellín: Editorial EAFIT, 2020.
- Romero, O.A., *Homilías: Monseñor Oscar A. Romero V*, San Salvador: UCA Editores, 2008.
- Romero, Ó. A., *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país: cuarta carta pastoral de Monseñor Óscar A. Romero*, Arzobispo de San Salvador, 1979.
- Ruiz de la Peña, J.L., *La pascua de la creación*, (Col. *Sapiensa Fidei*, 11), Madrid: BAC, 1996.
- Sevilla Jiménez, C., “Crisis y esperanza en los profetas de Israel”, en *Scripta Fulgentina*, XXIV - N° 47 (2014).
- Sicre, J.L., *Profetismo en Israel. El profeta. Los profetas. El mensaje*, Navarra: Verbo Divino, 1998.
- Sobrino, J., “Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía”. El Salvador, Nueva York, Afganistán, Madrid: Editorial Trotta, 2002
- Sobrino, J., *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander: Sal Terrae, 1992.
- Weber, M., *La Política como vocación* (1919).